**MI EXPERIENCIA CON LOS OFICIOS DE DIOS**

2 Corintios 5:1-5

INTRODUCCIÓN

 Cuando nos referimos a los oficios de Dios estamos utilizando un recurso literario que es muy frecuente en la Biblia, el recurso de las metáforas, símiles y alegorías. La palabra “metáfora” viene del idioma griego y significa “más allá” porque contiene un mensaje más allá de lo que se dice o refleja. Por ejemplo, cuando leemos en la Biblia “Dios es mi roca y mi fortaleza” no significa que Dios sea literalmente una roca y un castillo fortificado es decir una fortaleza, sino que la persona que lo dice está tranquila y confiada porque Dios lo protege. Está usando una metáfora para expresar cómo se siente.

 Lo mismo ocurre con el símil, que es una comparación o semejanza. Por ejemplo, se dice “tiene la cabeza dura como una piedra”, no significa que su cabeza es literalmente dura, sino que es una persona terca, que se niega a cambiar de opinión.

 Y la alegoría es decir algo de manera figurada y diferente de lo que se expresa. Por ejemplo, Jesús usó una alegoría cuando dijo “Vosotros sois la sal de la tierra”, para indicar que están en el mundo para dar sabor y preservar de la descomposición de la sociedad. En casi toda su enseñanza Jesús empleó parábolas, símiles y alegorías, las cuales aún sus discípulos no entendían, y cuando les habló directamente, sin alegorías, en Juan 16:29 dice “Le dijeron sus discípulos: He aquí ahora hablas claramente, y ninguna alegoría dices”

 Ellos no entendían las alegorías, no porque eran personas con muy poca formación académica, ni porque no eran inteligentes, sino porque para entenderlas necesitaban de la revelación de Dios. Porque cuando Dios revela algo, aun los niños lo entienden, tal como dijo Jesús según Lucas 10:21 “En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó”

 Cuando nos referimos a un oficio, generalmente pensamos en una ocupación habitual que una persona tiene y define su trabajo en la comunidad, por ejemplo, el que hace muebles y objetos de madera tiene el oficio de carpintero; el que trabaja reparando motores y vehículos tiene el oficio de mecánico, el que levanta paredes de ladrillos tiene el oficio de albañil, y así sucesivamente podríamos referirnos a todos los oficios o profesiones. Pero cuando nos referimos a Dios con un oficio, estamos hablando metafóricamente o alegóricamente.

 Los oficios de Dios tienen que ver directamente con nosotros. Si metafóricamente somos un edificio, Dios es el arquitecto y el constructor; si somos una vasija de barro, Dios es el alfarero que nos dio forma; si somos una vid, Dios es la labrador que la cultiva; si nos enfermamos, Dios es nuestro médico; si somos como las ovejas, Dios es nuestro Pastor; si somos aprendices, Dios es nuestro Maestro. Veamos, entonces, lo que hace Dios con nosotros con cuatro de sus oficios.

**I DIOS COMO ARQUITECTO Y CONSTRUCTOR**

Hebreos 11:9-10 “Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa, porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, **cuyo arquitecto y constructor es Dios**.

 Sabemos que un arquitecto es alguien que diseña edificios y otras estructuras, prepara los planos y da las instrucciones de cómo construirlas. Sabemos que es un profesional que se encarga de proyectar, diseñar, dirigir la construcción y el mantenimiento de edificios, urbanizaciones y ciudades. Sin embargo, Dios es un arquitecto que supera esta definición, porque no solamente diseña, proyecta, enseña y dirige, sino también construye, porque Dios es “arquitecto y constructor”.

 El oficio de Dios como Arquitecto y Constructor se desarrolla tanto en la tierra como en el cielo. En la tierra, es decir, en el mundo en el cual vivimos Dios ha diseñado y está construyendo su iglesia, una iglesia hecha, no de ladrillos, piedras o madera, sino de hombres y mujeres, de niños y ancianos, de jóvenes y adultos, para convertirlo en un templo donde Dios habitará, como dice en Efesios 2:21 “en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor”. Ese templo santo, ese edificio somos nosotros, los que recibimos a Jesucristo, y los que enseñamos, aconsejamos y guiamos somos los que colaboramos con Dios en esta tarea, como dice 1 Corintios 3:9 “Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois…edificio de Dios”. Además de la colaboración de los pastores, maestros y líderes para edificación de la iglesia, contamos con la colaboración de cada miembro de la iglesia para ayudar a Dios en esta tarea, según 1 Tesalonicenses 5:11 “Por lo cual, animaos unos a otros, y **edificaos unos a otros**, así como la hacéis”.

 La iglesia es un templo de “carne y hueso” que Dios, por medio de Cristo, está edificando, tal como Jesucristo se lo declaró al apóstol Pedro diciendo “Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.” (Mateo 16:18) Notemos que Jesucristo se comprometió a edificarnos diciendo “yo edificaré mi iglesia”, y lo hace porque le pertenecemos, dado que la iglesia es la iglesia de Cristo. Él dijo “Mi iglesia”.

 Sí, en verdad, Dios como Arquitecto y Constructor está construyendo su iglesia aquí en la tierra, pero, además, está construyendo una casa en el cielo, como dice Pablo en 2 Corintios 5:1 “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos”. Y no solo esto, sino que Dios como Arquitecto y Constructor está construyendo una ciudad en el cielo, tal como hemos mencionado al principio que Abraham esperaba una ciudad “que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”. (Hebreos 11:10)

 La ciudad que está construyendo Dios en el cielo se llama “la Nueva Jerusalén”, la cual el apóstol Juan, viajando en el tiempo la pudo ver y dijo “Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo de Dios” y más adelante la describe diciendo “El material de su muro era de jaspe, pero la ciudad era de oro puro, semejante el vidrio limpio, y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa…” (Apocalipsis 21:10, 18-19)

 Por eso, nuestra verdadera ciudadanía no está aquí en la tierra sino en el cielo, de acuerdo con Filipenses 3:20 “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo.”

**II DIOS COMO ALFARERO**

Isaías 64:8 “Ahora pues, Dios, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste, así que obra de tus manos somos todos nosotros.”

 Un alfarero, antes de dar forma a la pieza que quiere moldear, después de humedecer con agua la arcilla, debe trabajarla alisándola y tratando de sacar el aire de la masa, porque si el aire sigue en el barro, cuando se coloque la pieza en el horno, a una temperatura alta (puede comenzar con 100 grados y llegar a 1000 grados) el aire contenido presiona y la pieza se rompe.

 Las técnicas de alfarería más antiguas consistían en modelar la arcilla a mano, estirando la pasta en rollos, placas o bolas. Más adelante se inventó el modelado con un torno lento, que era una especie de rueda giratoria, sobre la cual el alfarero ponía la arcilla y hacía girar la rueda con la mano, para darle forma a la pieza. Luego se inventó el modelado a torno, mucho más rápido, que hacía girar con los pies, para hacer piezas idénticas y en serie. Hoy se usan tornos eléctricos.

 Una vez terminada la pieza, debe secarse a temperatura ambiente por varios días. Si se pone húmeda en el horno, estallará.

 De las peculiaridades del proceso de preparación, elaboración, secado y horneado podemos encontrar una analogía con nuestra vida en las manos de Dios nuestro Alfarero, y podríamos decir que cuanta más sea nuestra ductilidad y facilidad con que nos dejamos moldear, más hermosa y perfecta será nuestra vida. De la eliminación de todo orgullo que está representado en el aire escondido en la masa, dependerá nuestra permanencia y durabilidad. Se dice acerca de alguien orgulloso como “inflado de orgullo”, y cuando uno está inflado de orgullo no podrá resistir el horno de la prueba, se quebrará. Si menospreciamos a otros y nos sentimos superiores, es probable que necesitemos un trato más enérgico de Dios nuestro Alfarero para quitar el aire de la soberbia para que pueda darlos la forma que ha diseñado y hacernos resistentes en la prueba.

 Una pieza de barro, ya terminada, se convierte en cerámica cuando pasa por el horno, porque en el horno se vuelve una pieza fuerte y dura. Lo mismo ocurre con el creyente cuando nuestro Alfarero que es Dios nos hace pasar por el horno para hacernos firmes y duraderos. Para Israel, el cautiverio babilónico por 70 años representó el horno, donde su tendencia a la adoración de ídolos desapareció para siempre. Israel nunca volvió a la idolatría después del cautiverio, y ganó un sentido de nación que no la tuvo antes. Y fue lo que Dios anticipó por medio del profeta Jeremías cuando dijo: “¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel? Dice Dios. He aquí que, como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel” (Jeremías 18:6)

 En este proceso, es probable que algunos se quejen y se enojen con Dios, pero eso no cambiará la realidad que Dios sigue y seguirá siendo Dios y nosotros su obra, un simple objeto de barro, como lo señaló el apóstol Pablo en Romanos 9:20-21 “Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿o no tiene potestad el alfarero sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?” Así que nos conviene agachar nuestra cabeza y humillarnos ante nuestro Creador y decirle “Haz lo que quieras de mi Señor, tú el alfarero, yo el barro soy; dócil y humilde anhelo ser; cúmplase siempre en mí tu querer”

**III DIOS COMO LABRADOR**

Jesucristo dijo claramente que Dios su Padre es el Labrador en Juan 15:1 “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador”. Y “labrador” es quien labra la tierra, es decir, es el que ara y realiza trabajos en la tierra para que sea productiva. Su tarea principal es adecuar o preparar la tierra para la siembra, y para esto debe destruir o arrancar las malas hierbas, enriquecer o abonar el terreno y favorecer la circulación del agua para un mejor riego.

 En este caso, Dios como Labrador plantó una vid, y esta vid plantada por Dios es Jesucristo, porque él mismo dijo “Yo soy la vid verdadera”, y nosotros somos los brotes de esa vid, somos los pámpanos, somos los brotes verdes, tiernos y delgados. Los pámpanos son la parte esencial de la planta en cuanto a la producción de uva, es de donde salen los racimos, las hojas, los zarcillos (los zarcillos son los filamentos que se enganchan en las plantas trepadoras, para mantener erguido el tallo)

 También del pámpano surgen los nietos. Los nietos en un viñedo son los tallos fuertes y estériles que surgen del tallo principal, que no producen nada e impiden el desarrollo y la buena maduración de las uvas. La operación de arrancar estos tallos estériles o pámpanos se llama “desnietar”. Es exactamente a lo que Jesucristo se refirió cuando dijo “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto”

 De esta analogía de Jesucristo podemos descubrir que Dios nos puso en Cristo para que llevemos fruto, del mismo modo que del pámpano se espera que de uvas, de nosotros Dios espera que demos fruto. Así como el labrador espera que su vid tenga muchos racimos de uvas, así Dios espera que nosotros salgan muchos grupos. Y si hilamos más fino, podemos decir que así como del racimo de uvas que sale del pámpano se espera que cada uva tenga semillas para reproducirse en nuevas vides. Del mismo modo Dios espera que nos reproduzcamos en muchos grupos y congregaciones, que son los racimos del ejemplo de Jesús.

 En dos ocasiones Jesucristo habló que debemos llevar “mucho fruto”. Primero en Juan 15:5 “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mi nada podéis hacer”. Y en segundo lugar dijo “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (Juan 15:8) Indicando que la señal que indica que somos discípulos de Jesucristo es que llevamos mucho fruto. O en otras palabras: para ser discípulo de Cristo uno debe llevar mucho fruto.

 En relación a todo esto ¿qué le pediríamos hoy a Dios? Al menos yo le diría “Señor, límpiame para que lleve mucho fruto” Le diría “desniétame” de todo lo que impide mi maduración y multiplicación, del mismo modo que un labrador saca todo lo que impide el desarrollo de su vid, porque quiero multiplicarme, como esperas que me multiplique.

**IV DIOS COMO MÉDICO**

Este es uno de los oficios más conocidos de Dios, que como el tratamiento de cualquier médico que se consulta, incluye la curación por un tratamiento, una cirugía y consejos, como también las medicinas. Podemos notar que todos estos elementos están en lo que Dios habló por medio del profeta Jeremías diciendo “He aquí que yo les traeré sanidad y medicina; y los curaré, y les revelaré abundancia de paz y de verdad”. (Jeremías 33:6) Porque sin duda, Dios puede sanar de manera instantánea y milagrosa, pero también mediante un proceso de curación que incluye un tratamiento y la ingesta de medicinas.

 En otras palabras: Dios sana por medio de la oración de fe, pero también sana mediante su palabra, que según Proverbios 4:22 son “medicina para el cuerpo” lo mismo que las palabras suaves, que son “suavidad para el alma, y medicina para los huesos” (Proverbios 16:24) En Salmos 107:20 dice “Envió su palabra, y los sanó, y los libró de su ruina”. Así como un médico nos indica qué y cuántas pastillas debemos tomar por día para nuestra curación, Dios nos suministró al Biblia para que diariamente leamos y meditemos en su Palabra. Algunos memorizan un versículo por día, que son como “perlas bíblicas”, que tienen un poder inherente. Dios no sana solamente el cuerpo, sino también el alma, que se ha enfermado de soledad y abandono. En Jeremías 30:17 dice Dios “Mas yo haré venir sanidad para ti, y sanaré tus heridas, dice Dios, porque desechada te llamaron, diciendo: Esta es Sion, de la que nadie se acuerda”

 Salmos 6:2 dice “Ten misericordia de mí, oh Dios, porque estoy enfermo; sáname, oh Dios, porque mis huesos se estremecen” y oramos así porque sabemos que Dios es nuestro Médico.

CONCLUSIÓN:

 Dios como Arquitecto y Constructor dibujó el diseño de nuestra vida, hizo los cálculos, reunió los materiales y comenzó a dirigir la edificación poniendo manos a la obra, involucrándose él mismo en construirnos.

 Dios como Alfarero nos eligió y nos tomó del barro para amasarnos, quitando las asperezas, eliminando el aire y dándonos la forma que en su mente tenía, y luego de dejarnos un tiempo para que nos sequemos nos metió en el horno para convertir el barro en cerámica y hacernos más fuertes y duraderos.

 Dios como Labrador hizo que naciéramos de la Vid que es Cristo, y que crezcamos como un pámpano echando hojas, zarcillos y uvas. Y como quiere que llevemos abundante fruto y nos llenemos de racimos de uvas, cada tanto pasa para limpiarnos de los gajos estériles que impiden nuestra maduración y crecimiento.

 Dios como nuestro Médico, es el que sana nuestro cuerpo y nuestra alma, el que nos sana de múltiples maneras, el que provee de la medicina efectiva. Él es nuestro sanador.

 ¿En qué oficio de Dios te identificas hoy? ¿Sientes que estás siendo edificado, o moldeado por sus manos, o nutrido y limpiado para dar más fruto o estás en un proceso de sanidad? En lo que debes estar seguro es que Dios está trabajando en tu vida y la obra que comenzó la terminará.